

cometido, recibiendo y colocando á las familias invitadas, según se les había encargado de antemano.

Si producir sentidas notas que en armonioso conjunto, van saturando nuestra alma de gratas emociones, al nacer de las sonoras cuerdas ante el contacto de los arcos; si hacer que el tiempo pase sin sentirse, y al morir el eco del último melodioso acorde se desvanecen las figuras bellas que contemplamos con los ojos del alma y cuyos recuerdos nos acarician luego, es la misión del artista, aquel grupo de virtuosos, aquellos que tuvieron á su cargo expresarse en el idioma universal, en el que hablan la naturaleza y los pájaros, cumplieron su misión, nos hicieron sentir; y no podía esperarse de otro modo, porque Pedro Ogazón, Luis G. Saloma, Arturo Aguirre, Roberto Marín, Ignacio del Angel, Mariano Sánchez, Apolinar Morante, Andrés Herrera, Antonio Saloma, Primo Sánchez, Rafael Galindo, Arturo Espinosa, y Francisco Velázquez, son reputados entre los que cultivan el divino arte, como los primeros.

Nuestra pluma se detiene al ocuparnos del académico discurso del señor Balbino Dávalos, el hombre modesto y estudioso, el entendido literato de espíritu naltico y no hallamos palabras para elogiar aquella pieza oratoria, ni pretendemos, en nuestra imaginación canzada, buscar las frases que nos faltan, para hacer cumplida justicia, porque en bien de nuestros lectores y bien nuestro publicamos á continuación aquella joya literaria.

## DISCURSO

Del Señor Balbino Dávalos, en la velada del 6 de Noviembre.

Figuráos un bosque inmenso, en donde la naturaleza hubiese desarrollado con exhuberancia toda la vida, toda la energía, toda la potencia virtual de sus gérmenes, con fecundidad de madre universal y potente, y que libre, vigorosa, pródiga en su inagotable abundancia, y sin la pasiva labor del lento transcurso de los siglos, de un solo empuje poderoso y resuelto, hubiese hecho que la creación se efectuara. . . . Allí la vegetación derrocharía sin esfuerzo un caudal perenne de belleza, sobre los mil detalles á que extiende su manifestación el alma de la flora; allí lo necesario y lo fortuito, lo caprichoso y lo deliberado, lo fino y lo pomposo como el lirio silvestre, y lo tosco y salvaje como el tronco fuertemente nudoso y rudamente erguido, tendrían la noble y espontánea expresión de su forma. Las flores, las hojas, las cortezas y aun las piedras, al amor de la luz deshecha en matices, lucirían á la limpidez del aire; y á la frescura del rocío, y á la fecundación del sol, y al embelesamiento del misterio, y á la consagración del tiempo, supremo santificador de lo grande!

En ese bosque he entrado: vagué en él con asombro; seguí curioso sus sendas intrincadas; penetré en su espesura; me aproximé á la margen de sus torrentes, siguiendo complacido su curso ó remontándolo en busca del manantial apacible para clavar los ojos en el misterio azul de su fondo; me detuve á reposar á la sombra de sus árboles, repitiendo mentalmenté los trinos oídos al pasar, ó columpiando mis ensueños en las hamacas de lianas y de yedras, y ya perdido en las inextricables malezas que encubren á menudo peligrosos pantanos, sorprendí en el grito estridente de un gran cuervo, la nota polar de mi camino; y ví también entre sus flores los asfódelos del nuevo arte cultivados con mimo por los gnomos que peregrinan hacia un inquietante ideal aun no entrevisto, y aspiré las brisas embalsamadas de gloria y sápidas á resinas naturales, y muchas veces me adormecí al hechizo de algún himno solemne y religioso.

En ese bosque entré, y de ese bosque vengo para contaros no lo que ví, sino lo que he admirado, no lo que es, sino lo que me ha parecido; y os daré lo que traigo: unas cuantas impresionos vivaces, tres ó cuatro paisajes esbozados de prisa, el ritornelo de algún gorgo perdido, la fugitiva silueta de algunas sombras. . . . y varios nombres gloriosos!

\* \* \*

Sí: supe allí de muchos seres que en espíritu lo habitan, cuyos nombres recogía mi oído ávidamente. Es todo un mundo de almas que se han estremecido de emoción y de emoción me estremecieron, un mundo nuevo dentro del Nuevo Mundo, creado de ayer á hoy, desarrollado en menos de un siglo, emanación de un pueblo que pasma con su modo grandioso de improvisar prodigios; un globo trasparente de poesía, cristalizado preciosamente en el centro de una enorme hornaza de trabajo.

¿Los primeros nombres que oí? Fueron muchos, de esos que solamente se nos dice cuando preguntamos por ellos: nombres humildes, de humildes séres desaparecidos de la memoria de los hombres y recogidos alguna vez, no por la piedad ni la veneración, sino por la paciencia en los anales literarios de cada pueblo. ¿A qué repetir ninguno de esos nombres, si no han de hallar éco en vuestros recuerdos, ni siquiera dejarían en vuestro corazón la reminiscencia de una simpatía pasajera? Para que el fuego de la poesía arda en el pecho humano, basta que los sentimientos que allí suelen albergarse no se hallan convertido en cenizas; que alguno predomine ó persista en los momentos en que la vida ó la naturaleza le envíe una ráfaga pasional, feliz ó desoladora, poco importa, pero viva. Mas si la llama ha de manifestarse y alumbrar inmortalmente, preciso es que la produzca un combustible rico, y que esplenda con fulgor excepcional de intensidad y color propios, de forma hermosa, y nueva que la distingán de las otras y no permitan confundirla nunca ni con las llamaradas que más se le parezcan.

\* \* \*

En nuestro vecino pueblo del Norte, durante los dos primeros siglos

de su existencia, el dieciete, en que la inmigración fué colonizándolo, y el diez y ocho ó sea el de su Independencia, siglos que dieron á Inglaterra los nombres de Shakespeare, Milton, Dryden, Swyft, Addisson, Pope, Johnson y Burns, y en que México produjo cuando menos una Sor Juana Inés y un Alarcón, gracias á la plena madurez de la grandiosa literatura española; en el vecino pueblo, repito, esos dos siglos no legaron á la literatura un solo nombre inolvidable: los deseos habían tenido otras miras; los esfuerzos habían tenido á otras glorias; las energías se habían empleado en la conquista del suelo, en la creación de la riqueza, en el establecimiento de la religión, en la educación de la inexperiencia, en el reconocimiento de los propios derechos, en la conquista de la libertad. Nacían por todas partes las universidades, pero aun no era tiempo de que esparciesen su eficaz contingente de ilustración y de ciencia para enseñar á las ideas, á presentarse bien y á engalanarse con elegantes vestiduras. Las primeras, quizá, que aparecieron con cierto ropaje literario, y éste muy sencillo y severo, sin la menor pompa, ni bazarria, ni aliño, fueron los escritos de Franklin, gran sabio, gran político, gran pensador; pero á quién no puede llamarse un literato. Las letras no existieron allí, sino hasta que Washington Irving en 1809, publicó su primera obra de importancia, la "Knickerbocker History of New York" y en cuanto á la poesía, que es únicamente á lo que me propongo referirme, y es posible hacerlo en ocasión como ésta, en que la brevedad impone, no alentó con vida fecunda y viril sino hasta que un jóven, casi un niño: Bryant (quien tenía entonces dieciocho años), en un inspirado momento de meditación sobre la muerte, lanzó su thanatopsia á la justa admiración de sus contemporáneos. Quién hubiera dicho entonces al joven poeta, que su vida se prolongaría hasta dejarlo ver el mayor florecimiento de aquella poesía, cuyos albores le había tocado presenciar, y cuya primera nota personal y durable brotaba de su alma.

Hubo con todo, en medio de los primeros balbuceos de aquel lenguaje poético, cuando las avecillas del lirismo ensayaban sus vuelos y sus trinos, cuando comenzaba á agitarse en los espíritus el inmortal anhelo de explorar el mundo de la imaginación, lleno de tentadores misterios; de recorrer con él la órbita inmensa del ensueño y contemplar bellezas nunca vistas, hubo entonces, sin duda, quienes en momento feliz sorprendieran al paso la sensación fugitiva, la idea profunda, la esperanza indecisa y cautivaran la mariposa ideal, con la redécilla de la canción ligera. Así Philip Franeau, en cuyas venas corría sangre francesa, escribió con delicada gracia sus cantos patrióticos, que aun suelen citarse, aunque rara vez son leídos, y John Howard Payne dejó unido su nombre á la famosa canción «Home, Sweet Home» extraída de una de sus muchas obras dramáticas que el olvido sepulta, y Drake fué una grande esperanza que la muerte, torpe segadora, no dejó madurar. He querido, sin embargo, antes de abandonar el cementerio ruidoso, recoger unas quejas que suenan todavía como un lamento prolongado á través de un siglo y que sigue siendo plácidamente acogido en los corazones sensibles: las estancias de Richard Henry Wilde, compuestas muchos antes de que el Romantismo apareciera. Oídlas, prestándoles con vuestra propia imaginación, la poética vaguedad que han perdido en mis versos:

Mi vida es cual estiva rosa  
que se abre al cielo matinal,  
y que al caer la tarde hermosa  
rueda marchita del rosal;  
pero en su humilde lecho frío,  
vierte la noche su rocío  
cual triste llanto de pesar,—  
mas ¡ay! por mí no han de llorar.

Mi vida es cual hoja de otoño,  
que al rayo pálido lunar,  
tiembla en el último retoño  
presta á arrancarse y á volar;  
pero antes que huya, la deplora  
el árbol con la gemidora  
queja que el viento al pasar da—  
mas ¡quién por mí suspirará!

Mi vida es cual la débil nuella  
que en una playa deja el pie,  
mientras la ola no se estrella  
sobre la arena en que se ve;  
pero ese mismo mar, que osa  
borrar la huella misteriosa,  
rugir parece de pesar,—  
mas, ¡hay por mí no han de llorar.

\* \* \*

Mediaba ya el el siglo XIX, y la literatura, en analogía con todas las otras manifestaciones intelectuales, florecía plenamente en Norteamérica, cuando el gran novelista Dickens, el más grande quizá que haya producido Inglaterra, pues que superó á Walter Scott y no ha sido superado por George Elliot, al desembarcar en Nueva York, en su viaje á América, la primera pregunta que formuló, fué esta: "En donde está Bryant?" Bryant! tal era el nombre que se imponía entonces, El autor de Thanatopsis se hallaba en la mitad de su vida, y ya gozaba de celebridad europea; ya no era una grande esperanza, sino una gloria cierta; ya en sus versos no había intermitentes claridades, sino una luz continua y clara. Ciertamente es que su inspiración no fué muy alta, ni muy poderosa, ni muy variada: siempre lo caracterizó una contemplación serena, una ecuanimidad inalterable, y la crítica moderna, solo á cuatro ó cinco de sus producciones no les escatima su elogio. ¡Ay! es tan destructora la vida! Mas en ese escaso número de versos de indisputable mérito y en todos los demás que escribió, se revela un poeta de nueva cepa, si nó un gran poeta, se ve obra consciente y no acierto casual; se advierte la fecundación del pensamiento en un cerebro vigoroso y gran de

Las fuentes de su inspiración estuvieron en la naturaleza y en su temperamento reflexivo, no en su corazón ni en la delicadeza artística, á que Longfellow, y especialmente Poe, deberían su grandeza. pero en su poesía hay siempre un aliento tan sincero y solemne, que infunde una admiración respetuosa. En las composiciones encomendadas á la hábil recitación de Urbina, apreciaréis esta impresión mejor, de lo que yo pudiera explicarlo.

He dicho un nombre que sucede, y se une, y aun eclipsa al de Bryant: el nombre de Longfellow. Ignoro si fué tan precoz su inspiración como la del primero, ni tampoco me he detenido á inquirirlo de sus biógrafos porque me hubiera bastado abrir por cualquier parte un tomo de sus versos, repasar cualquiera de sus estrofas para saber que quien las había escrito era poeta desde la cuna: el primer rayo de sol que penetró en sus ojos debe haber tropezado con un rayo de poesía ávido por brotar de su alma. Con él nació el verdadero poeta nacional norte-americano; el poeta cuyos versos sonarían familiarmente en la imaginación curiosa de las "ladies," en la contemplación reflexiva del hombre grave, y en boca del pueblo. Su poesía era un raudal espontáneo que del corazón le manaba manso y caudaloso como las aguas del Hudson. Quien una vez lo haya leído, tiene que amarlo, y siempre se acordará de él con el grato recuerdo con que se rememoran las frescas ilusiones de la juventud. Sabe conmover por que él mismo, canta poseído de una emoción verdadera y porque su pecho no tiene puertas cerradas á las impresiones que lo agitan, sino que las descubre, y las impulsa y las dispersa con la naturalidad de quien no acostumbra ocultar nada, y las traduce sin esfuerzo en la más bella forma musical y artística. Aunque más espontáneo, era en sus procedimientos casi tan minucioso como Poe. Fué el introductor del hexámetro dactílico en la versificación inglesa. Predominado en su modo de ser el sentimiento personal y dado su temperamento un sí es, no es, femenino, tuvo el raro mérito de no incurrir jamás en el sentimentalismo, que hace insupportable la poesía efectiva. El celebre consejo de Horacio "dolendum est primum ipse tibi," parece haberle servido de norma á su carácter. Del cariñoso abandono con que dejaba escapar las ideas en bandadas de alondras, se desprende un encanto penetrante y suave. Sus facultades poéticas, además habían hallado singular flexibilidad en el conocimiento de las literaturas extranjeras á que incansablemente le llevaba su inclinación favorita, y es cosa sabida que aunque Bryant fué el primero en abrir á sus contemporáneos una senda hacia la poesía española, Longfellow se complacía en hacer magníficas versiones, como la que escribió de las coplas de Jorge Manrique.

Con tales facultades creadoras, su natural fecundidad y los muchos años que se prolongó su existencia, no es raro que haya escrito mucho, ni que entre lo suyo no todo sea excelente. «Escribió demasiado,» ha dicho de Longfellow, Emerson, otro poeta célebre y filósofo americano. Sí, escribió demasiado, pero en la demasía de sus escritos está contenido mucho bueno, y esto basta. La fuerza de su concepción, no desfallecía en las obras de aliento; de suerte que lo mismo encontraba los grandes ideales de la humanidad en composiciones breves, como en "El Salmo de la Vida" ó en "Excelsior," que refería en extensos poemas aventuras caballerescas, como en "El Estudiante Español," ó idilios de amor, como en "Evangeline," ó leyendas he-

róicas, como en "Hiawatha," quizá el más hermoso poema que compuso Longfellow, digno de que se llamase la "Canción de Gesta" del pueblo americano.

\* \* \*

De sus piezas fugitivas, he querido escoger la más bella: un primor de delicadeza, de poesía y de forma.

Un día, fatigoso por molestas contrariedades ó penosos esfuerzos, ó sólo por la inestética vulgaridad de la vida, el poeta, de vuelta en su tranquilo hogar, descansando cómodamente junto á la ventana desde donde divisa á lo lejos las casas del pueblo, contempla cómo va declinando el día en la luz mortecina del crepúsculo, cómo va acentuándose la sombra por la niebla nocturna, y la tristeza del paisaje inunda su espíritu de infinita melancolía al vago pensamiento quizá de que aquel aspecto de la naturaleza no era sino la reproducción incesante de la eterna transición de las cosas: nacer, vivir, morir. La muerte siempre al cabo de todo; la muerte de la luz, la muerte de día, la muerte de la ilusión, de la esperanza, del deseo; la muerte amenazadora, desesperante, inevitable. El día agonizaba y el poeta se sintió triste, pero no de tristeza amarga y dolorosa, sino de esa melancolía consoladora que suelen sentir los corazones generosos, extraño sentimiento en que se confunden el amor, la piedad y la impaciencia de conocer el bien definitivo. Entonces el poeta, no solicitando un consuelo, no buscando una divagación, no para arrancarse una espina punzadora, sino para acompañar su propia emoción con la emoción ajena, se dirige á la mujer que está á su lado, hasta cuyo corazón se ha comunicado quizá la misma impalpable melancolía, y le dice estos versos:

Murió el día, las alas de la noche  
su sombra caer dejan,  
como la obscura pluma desprendida  
del águila que vuela.

Brillan tras de la niebla y de la lluvia  
las luces de la aldea,  
y al verlas, siento el corazón henchido  
de súbita tristeza:

de una honda inquietud, de un vago anhelo,  
que no parece pena,  
y que no es al dolor más semejante  
que á la lluvia, la niebla.

Ven á leerme unos sentidos versos,  
algún dulce poema  
que calme esta inquietud y que disipe  
las vulgares ideas.

No quiero nada de sublimes bardos,  
ni de grandes poetas,  
cuyos lejanos pasos formen eco  
del Tiempo en las riberas.

Pues como el són de las marciales marchas  
sus versos nos despiertan  
el afán y el esfuerzo de la vida,  
y hoy la paz el alma anhela.

De un humilde poeta escuchar quiero  
las palabras sinceras  
que broten de su alma como lágrimas  
que de los ojos ruedan.

De un poeta que tras penosos días  
y tras noches de prueba,  
aun guarde en el espíritu armonías  
De misteriosas cuerdas.

Esos los cantos son que el pulso inquieto  
amansan y sosiegan,  
los que vienen después de la plegaria  
cual bendición serena.

Búscame de tu libro preferido  
el canto que más quieras,  
y al blando hechizo de tu voz canora  
las ritmas se embellezcan.

La noche, entonces, cantará, y al punto  
levantarán sus tiendas  
los cuidados, cual árabes medrosos  
que hacia el desierto huyeran!

\* \* \*

Sólo breves palabras os diré de John Greenleaf Whittier, de quien os traigo, traducida también con la mejor voluntad y buen deseo, una de sus más sugestivas producciones. Lo mejor que en su elogio puedo decir, es que ha sido el único poeta que comparte en su país, la simpatía profunda, ilimitada y ardiente que á Longfellow se tiene. Fantasía despierta, inteligencia viva, sentimiento rico, ha sido un despilfarrador magnánimo de la preciosa pedrería de su imaginación, y rara vez se cuidaba de recurrir á los engarces del arte para legar á la posteridad irreprochables joyas. Es, para mi gusto, superior á Holmes, y aun á Lowell, de quienes me veo obligado á sólo consignar los nombres. Cuando pasen por vuestras manos las poesías de Whittier, no dejéis de leerlas, y os sorprenderán el poder y la melodía de su lirismo. Sobre todo, leed "Bárbara Frietchie," y este cuadro idílico de encanta-